

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 217

25 cts.



**EL
ABOGADO**

POR
ROLLA NORMAN, etc.
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 217

EL ABOGADO

Adaptación del famoso drama de M. Brieux, de la
Academia Francesa, llevado a la pantalla
por Gastón Ravel

Interpretación de los siguientes artistas:

Silvio de Pedrelli en el rôle de Vizconde
Señorita Miralles » » » » Luisa de Coudrais
Rolla Norman » » » » Abogado
etc.

Selección "GALLO DE ORO"

del

PROGRAMA VILASECA Y LEDESMA, S. A.

Layetana, 53 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GINA PALERME



EL ABOGADO

Argumento de la película

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Reía un amanecer de primavera sobre los árboles en flor de Poitou.

En medio de aquel alegre despertar de la naturaleza, salía a luz un drama que había tenido por escenario las tinieblas de la noche. El vizconde Javier de Coudrais aparecía muerto en las cercanías de su «chalet».

Dos guardacotos lo encontraron tendido en el camino, sin vida.

Examinaron el cadáver y lo que le rodeaba, no encontrando ningún indicio de lo que había sido crimen o suicidio.

Uno de los hombres, apercibiendo la escopeta del muerto, que asimismo yacía en tierra, dijo al compañero:

—Se trata quizá de un accidente de caza.

Pero al comprobar que en el doble cañón del arma había, intactos, sendos cartuchos, anuló aquella hipótesis.

—¡Quién sabe si algún ladrón lo habrá asesinado para robarle!—opinó el otro guarda.

Tampoco esto era cierto, pues la cartera del Vizconde no presentaba ninguna señal de violencia, y había en ella una suma en billetes más que regular.

¿Qué había sucedido, pues?

Con el consiguiente sobresalto, uno de los guardas fué a avisar a la esposa del difunto en el «chalet», el cual alzaba sus muros a cien metros escasos del lugar del suceso.

Salió a recibir al buen hombre Paulina Langlois, el ama de llaves de la casa, que sentía por su señora un cariño y una devoción sin límites. —¡Ha ocurrido una gran desgracia, Paulina! El señor Vizconde...

—¿Qué... qué ha sido?

—¡Está muerto! Hay que avisar a la señora...

—¡¡Muerto!! ¿Asesinado?

—No se sabe, Paulina, no se sabe...

—¡Oh! Pobre señora... ¿Cómo decirselo, para que la noticia no sea demasiado cruel?... Pase, pase... Háblele... Procure prepararla...

Luisa de Coudrais, la esposa del muerto, hermosa mujer, joven y distinguida, tenía en su semblante esa tristeza característica de los seres que saben sufrir en silencio los designios de un Destino despiadado.

Avisada por Paulina, Luisa fué al encuentro del guardacotos, y la actitud de éste y el temblor de la criada indicáronle que algo terrible había acaecido.

—¿Qué pasa?... ¡Pronto!... ¿Se trata de mi marido?

El encargado de la difícil misión titubeó antes de hablar, y se sacó las palabras de la boca como pudo, torpemente, desde luego, como es fatal en los grandes casos.

—Señora... no se asuste... Hace poco... su marido, ¿sabe?... Yo... la verdad... no sé cómo expresarme...

—¡No vacile! ¡Hable, hable! ¿Dónde está Javier?

—Su marido... señora... acaba de ser encontrado muerto a pocos pasos de aquí...

—¡Dios mío! ¡Qué horror! ¡Javier! ¡Javier mío!

Desesperada, la viuda ocultó su rostro en sus manos, y rompió a llorar convulsamente.

—¡Pero, señora!... ¿Por qué le llora usted así, después de lo que la ha hecho sufrir?—le dijo la fiel ama de llaves, no perdonándole, ni por piedad, al muerto, su pasado abrumado de culpas.

Triunfaba en el Foro, tanto por su oratoria brillante como por su acrisolada rectitud, el abogado Fernando Martigny.

Su popularidad le había proporcionado numerosos asuntos, pero la codicia jamás encontró cobijo en él.

Su pasante podría afirmar rotundamente que ventajosos pleitos habían sido rechazados por el abogado, por estimar éste que eran más bien complicidades que defensas justas.

—Pero, señor Martigny, si otros lo hacen... —se permitió decirle una vez dicho secretario.

—Ya, ya sé que otros lo aceptan todo... ¡pero otros no son yo!—respondióle el intertérmino letrado.

Aquella tarde, al enterarse de que se había encontrado el cadáver del vizconde de Coudrais en el bosque de San Benito, inmediato a su casa de campo, Martigny se sorprendió vivamente, y ante la disyuntiva de si era crimen o accidente lo cierto, reconcentróse para reflexionar.

En aquellos momentos de meditación, todo un pasado que creía completamente olvidado renacía en la memoria del hombre de leyes.

Y evocó la pequeña fiesta familiar con que Luisa Lemercier y el vizconde de Coudrais celebraron su promesa de matrimonio.

El había sido invitado a la reunión. Amaba en



Durante la velada, fué presentado por Luisa al Vizconde...

secreto a Luisa, que representaba para sí el ideal femenino.

Luisa le trataba cariñosamente.

Durante la velada, fué presentado por Luisa al Vizconde, con el que se hizo amigo, sin que ninguna mala intención contribuyese a afianzar la naciente amistad.

Algún tiempo después, ya casados Luisa y Jorge, Martigny llegó un día de la ciudad al campo.

Javier, que regresaba de caza, le encontró al apearse del tren que cruzaba aquellos lindos parajes, y celebró mucho los propósitos del amigo de ir a visitarles a menudo.

Por la tarde del mismo día de su llegada a San Benito, Martigny fué al «chalet» de sus amigos para saludar a Luisa, y dijo Javier a su esposa, aplaudiendo, delante de él, la decisión del abogado:

—¿No sabes?... Fernando ha comprado el coto de caza de San Benito.

—¡Ah!

—Vendrá todos los sábados en el tren de la noche, y pasaremos el domingo cazando juntos.

Se echaba de ver que la noticia agradó a Luisa. Sin embargo, no pudo menos de confirmarlo de viva voz:

—Me alegra mucho tenerle como vecino... La vida aquí es demasiado aburrida y demasiado solitaria.

Jorge miró a su mujer y a su amigo, y le pareció que la alegría de ambos ocultaba, tal vez, otro afecto...

Pasaron los días...

Todas las semanas el abogado iba al campo, y una de las veces que encontró a Luisa sola en la casa, ella le dijo:

—Javier ha ido a ver a los colonos y quizá se ha detenido más de lo justo en casa de alguno... Le suplico que le dispense...

En las miradas de Luisa leyó Fernando que la verdad no era esa, que el Vizconde no se portaba con ella noblemente, causando su infelicidad; pero calló discretamente lo que pensaba...

Otro día, paseándose con Luisa por el parque

de la finca del matrimonio, Fernando sacó varias fotografías de la amiga amada en su alma, mientras el Vizconde limpiaba su escopeta de caza en su despacho.

De pronto el marido, que pensaba mal,



—*Fernando sacó varias fotografías de la amiga amada en su alma...*

porque su conducta, culpable, había hecho nacer en su espíritu la desconfianza a todos los que le rodeaban, que el que peca considera pecadores a sus semejantes, se asomó a la ventana

de la habitación en que engrasaba el fusil, y contempló desde la misma la inocente diversión de su esposa y Martigny.

No era sólo aquella vez que observaba lo que ambos hacían. La simpatía que brillaba en sus ojos cuando estaban juntos, se le antojó a Javier mutua traición; y esta absurda idea arraigó tanto en él, que, no pudiendo tolerar más la presencia de Fernando al lado de Luisa, llamó, aquel día, a ésta, desde la ventana, en tono que reveló del mismo modo a la esposa que al amigo la insospechable explosión de celos.

Todo aquello lo recordaba Martigny aquella tarde del día del suceso, dolorosamente pensando en el dolor de Luisa.

La señora de Martigny, madre de Fernando, era el ángel tutelar que, calladamente, humildemente, guiaba los pasos de su hijo por la senda del bien.

La venerable anciana sorprendió al abogado en su profunda meditación, y como el periódico que daba la noticia de la muerte del vizconde de Coudrais estaba abierto encima de la mesa de trabajo del abogado, se enteró de la misma y dijo a su hijo:

—Creo que erais muy amigos los Coudrais y tú, ¿no es verdad?

—Hace tiempo que nos tratábamos con bastante frialdad... Ese desgraciado joven tenía un carácter imposible, y debido a ello había cesado casi en absoluto mis visitas.

Y mientras su madre le miraba con especial atención, el abogado, sin darse cuenta de que ella espía sus menores gestos, pensaba, con irresistible satisfacción, que Luisa era, ahora, libre...

* * *

Algunos días después, Luisa, acompañada por sus suegros, compareció ante el Juez de instrucción, para conocer detalles acerca del suceso envuelto todavía en el mayor misterio.

—A pesar de todos nuestros esfuerzos, hasta el presente nada hemos podido descubrir—informóles el magistrado.

El padre del difunto no se resignaba a que el autor de la muerte de su hijo no fuese descubierto, y cuantas preguntas dirigió al juez, le fueron contestadas de esta manera:

—Está perfectamente comprobado que la bala que mató al vizconde de Coudrais no pertenecía a su escopeta de caza. Uno de los guardacotos que le encontraron muerto, sacó de esa arma los dos cartuchos sin usar. Queda también demostrado que el robo no fué el móvil del crimen... La única hipótesis admisible es la de la venganza... Pero, desgraciadamente, ninguna pista se nos presenta por ahora para guiar nuestras pesquisas.

Ante tan claras manifestaciones, el suegro de Luisa hubo de rendirse a la evidencia y el proceso fué archivado.

Pero dos años después...

Los periódicos volvían a ocuparse del suceso del bosque de San Benito, encabezando sus importantes noticias con estos títulos:

Nuevos detalles acerca del famoso crimen de San Benito.—La policía tiene una pista.

Se encuentra el revólver del que se sirvió el asesino del vizconde de Coudrais.

Y hasta el Palacio de Justicia llegó, reptando, una especie en la que nadie había pensado hasta entonces...

Martigny, con varios colegas, comentaba el caso.

—¡Es estúpido y absurdo! ¡La señora de Coudrais está por encima de toda sospecha! —exclamó.

Pero sus compañeros se basaban en lo que comunicaban los periódicos, convencidos de que «cuando el río suena, agua lleva».

La prensa decía además de lo ya apuntado:



Ante tan claras manifestaciones, el suegro de Luisa hubo de rendirse a la evidencia ..

La señora de Coudrais comparecerá ante el Juez de instrucción. Se sospecha que no es ajena al asesinato de su marido.

En efecto: Luisa, acompañada de su padre y de sus suegros, fué al Palacio de Justicia,

causando sensación la presencia de ella en la sala de espera.

Un periodista, llevado de su afán de dar zambombazos, trató de interrogar a la infortunada viuda, oponiéndose a ello su padre, el anciano y digno señor Lemercier.

Llamados a deponer en presencia del juez el conde de Coudrais, suegro de Luisa, y su esposa la Condesa, la verdadera víctima en aquel proceso sensacional, dijo esta última enérgicamente:

—¡Yo protesto contra todas esas insinuaciones infames, señor juez! ¡Mi nuera fué durante su vida de casada modelo de esposas!

Tras esta declaración, altamente favorable para Luisa, los Condes se retiraron, regresando a su casa sin detenerse a esperar a su nuera y a su padre.

Luisa fué introducida, sola, en el despacho del Juez, y hubo de pasar por el violento trance de ser sospechosamente interrogada.

—¿Conocé usted este revólver, señora? Un hombre que pescaba en el Clain encontró esta arma hundida en la arena. El revólver tenía cinco balas... La que faltaba fué encontrada en el corazón del Vizconde.

El pecho de Luisa se dilataba anormalmente, revelando la fuerte emoción que le producían las manifestaciones del Juez, que más bien parecían acusaciones directas.

El magistrado, no perdiendo un solo gesto de Luisa, continuó, esta vez más enérgicamente como recurriendo a un recurso final para arrancar una confesión:

—Esta arma estaba en la mesa del despacho de su marido... ¿Quién la cogió de allí?

Nerviosamente, Luisa hizo frente al Juez, encogiéndose horrorizada por una espantosa visión:

—¡Yo no sé nada... no puedo decir nada!

Algunos días después, mientras el público comentaba poco piadosamente el que Luisa de Coudrais hubiese sido puesta en libertad bajo fianza, el padre de la presunta culpable personóse en el despacho de Fernando Martigny, con ella misma, conmoviéndose éste al verla.

—El único hecho de tenerle a usted por defensor ha sido siempre para un acusado una prueba de su inocencia... Le suplico, pues, que se encargue usted de la defensa de mi hija— le dijo el anciano al abogado.

Martigny no dudaba de la inculpabilidad de Luisa, y como lo había deseado fervientemente, aceptó ser su defensor.

Empezaría su actuación en aquel momento mismo. Quedó a solas en su despacho con ella, y, haciendo un esfuerzo para sobreponerse a su turbación delante de la mujer amada, trató de interrogarla.

—Necesito concretar algunos puntos, señora, y me veo obligado a pedirle algunos detalles sobre su vida conyugal.

Bruscamente, Luisa se puso en pie, y contestó:

—¡Nunca consentiré que salgan a la luz pública las miserias de mi vida privadal

—Un abogado es un confesor, Luisa... Reconózcalo usted y cuéntemelo todo...—insistió, persuasivo, Martigny.

—No... no... No diré nada.

—Me parece adivinar, señora... En su vida hay un secreto.

Temiendo cometer una torpeza, Luisa deseaba marcharse. Buscó la puerta. Empujóla al encontrarla, y al volverse a saludar a su buen amigo y defensor, Martigny le hizo esta pregunta:

—¿Quizá hablando teme usted perjudicar a alguien... que la ama?

Luisa vaciló, y, al punto de desaparecer, suspiró:

—¡Quizá!

Martigny no sospechaba aquel resultado de su entrevista con su patrocinada. La revelación que ella acababa de hacerle destruía sus más caras ilusiones, renacidas con más vida. Tenía en sus manos el proceso más delicado de su carrera. ¡Cuántas horas de tristeza sin fin le estaban reservadas!

La cariñosa madre entró en el despacho, y al verla, Martigny, vendiéndose con su exaltación, le dijo, refiriéndose a Luisa, a la que aquélla acababa de ver salir:

—Se calla para no comprometer a alguien... ¡a alguien que la ama!... ¡Se niega, no hablando, a ayudarme a defenderla!

Su madre sabía lo que pasaba en su corazón, y, con ternura infinita, pronunció:

—Sufres, hijo mío... sufres porque tú también la amas, ¿verdad?...

El abogado estrechó la mano de la adorada mujer, y alentado por su dulce mirar, confesó su secreto:

—¡Si, madre mía! La quiero. La he querido siempre.

El señor Martigny, padre de Fernando, magistrado de la Audiencia, oyó la revelación de su hijo, por pura casualidad, y le aconsejó que desistiese de defender a la inculpada en el asunto de San Benito.

—Un cirujano no opera a su hija, un sacerdote no confiesa a su madre, un abogado no toma la defensa de la mujer que ama.

—Lo sé; pero me consta que Luisa es inocente, y no debo abandonarla en manos de otro abogado.

—Defiéndela, pues, si verdaderamente crees en su inocencia.

* * *

Luisa se obstinó en no decir una palabra más de cuanto había declarado anteriormente, y,



—Sufres, hijo mío... sufres porque tú también la amas, ¿verdad?

por lo que pudiera ocurrir, entregó a Martigny un sobre lacrado, con esta indicación en el papel:

*No abrir este sobre más que a petición mía.
Destruirlo SIN LEER después de mi muerte.
Tentado estuvo el abogado de leer el con-*

tenido del sobre, sospechando que allí estaba la verdad, pero resistió a la curiosidad, porque Luisa le había hecho aquella entrega fiando en su caballerosidad a toda prueba.

Explotando la nota sensacional, los periódicos daban una «posible» explicación del crimen, en la que no quedaba muy bien parado el honor de la viuda de Coudrais.

Y Martigny, verdaderamente intrigado por aquel misterioso asunto, prometió entregarse a él con toda su alma, para no parar hasta averiguar la verdad.

Empezó por su cuenta una investigación personal. Estuvo en el «chalet» de Luisa, recibiéndole Paulina.

—La señora ha salido, y aunque estuviese en casa tampoco le recibiría, porque no quiere hablar con nadie, ni con usted, que es su mejor amigo... Y en cuanto a mí, señorito, soy muda como una tumba.

—No la obligaré a usted a hablar, Paulina... pero la señora Vizcondesa hace mal en callarse. A mí, que soy su defensor, debía hablarme sin recelo alguno. Lo que yo oiga, no he de ir a repetírselo a nadie, ¿comprende?

Paulina era muda, pero como Martigny le hablaba hubo de contestar, porque, he ahí el mal, no era sorda. Y el abogado, lápiz en ristre, fué tomando notas.

—¡La señora es una santa, señor abogado!... ¡Pero él... él...

Y le refirió que, un día, sorprendió una disputa entre los Vizcondes. El motivo de ello era la negativa de Luisa a escribir una carta a su padre pidiéndole 10,000 francos para saldar una deuda en el juego de su marido.

—Ese hombre erá un canalla... la maltrataba sin piedad...—prosiguió Paulina.

Sí, era un canalla. Lo demostraba el hecho

de pegarle sin piedad, dejando huella de sus golpes. Una noche, al ayudarla a desnudarse, vió en sus carnes, blancas y finas, varias rayas violáceas.—«Esto no puede continuar, señora! ¡Es menester avisar a su padre para que tome cartas en el asunto!»—le dijo.—«Ni una palabra a nadie, Paulina, ni una palabra! Prefero sufrir todo lo que hay que sufrir a arrosstrar el escándalo...»—le contestó Luisa.

—El señor Vizconde—continuó Paulina—no se divertía más que entre las peores compañías... Una noche transformó la casa en un *cabarete*, sin hacer caso de las protestas de su esposa... Sus locas orgías eran seguidas frecuentemente de terribles crisis... y la pobre de la señora lo curaba ella misma, para que nadie se enterase de los vicios del Vizconde... A veces el señorito Javier tenía ideas criminales; ideas de loco... Figúrese usted que, una noche, dejóle a la señora, encima del plato, un papelito con esta nota: *¡Sé que me engañas, pero no será por mucho tiempo.*

Inútil decir a usted que no permití que esa acusación infame llegase a manos de la señora, quedándome yo el papel.

—¿Y a qué conducía ese juego ridículo?—preguntó Martigny, intrigado.

—El señor Vizconde tenía celos de usted...

—¿Celos de mí?

—Fué una tarde en que usted estaba en el jardín con la señora cuando se despertaron esos celos... Usted retrataba a la señora... El señor Vizconde la llamó iracundo, y cuando la tuvo a su lado, le dijo, maltratándola: «¡Vas a despedir inmediatamente a ese hombre... o lo haré yo mismo de un modo más violento, sin duda!» Y diciendo esto cogió la escopeta que estuvo limpiando hasta aquel momento. La

señora le calmó, y fué a decir a usted que se marchase, que la disculpase...

—Es verdad... Recuerdo...

—Casi todas las noches, el señor Vizconde iba a pasar algunas horas en una posada de mala fama, importándole poco lo que pensara de él su esposa. ¡Ay, qué hombre, señor!

—¿Y qué sucedió la noche de la muerte del señorito Javier?

—Era un sábado; el señor parecía algo inquieto... En la mesa, consultó la guía de ferrocarriles, y dijo: «Tren tranvía de San Benito, a las 22 horas 15 minutos. ¡Tengo tiempo de sobra!» La señora se retiró a sus habitaciones, y cuando yo me disponía a seguirla ella me dijo: «Esta noche no te necesito, Paulina. Anda, anda a celebrar alegremente tu cumpleaños con tus amigos.» Yo agradecí a la señora su amabilidad, y me reuní con varios parientes, los guardas y criados de la casa, en la cocina, situada en el sótano. Cenamos alegremente, y de súbito oímos ruido en el piso de arriba. No nos extrañamos mucho, pues los señores nos tenían acostumbrados a sus frecuentes disputas. Pero la de aquella noche debió ser violenta, pues nunca oímos tanto ruido.

Lo sucedido fué que el Vizconde tuvo algunas palabras con Luisa, y al tratar ésta de impedirle que saliese de la casa aquella noche, lucharon, ella por retenerlo en la casa, él por salir de ella.

Un poco después, Paulina y sus amigos vieron la sombra de unos pies en el cristal del tragaluz del sótano, el cual daba al parque, junto a las escaleras de la casa, al nivel del suelo, y dijo la fiel criada: «¡Gracias a Dios que ya se ha ido la fiera!»

—Continuamos la fiesta—dijo aún Paulina,—sin preocuparnos más del señor Vizconde, ni

de nada, y breves minutos después oímos el estampido de un disparo de arma de fuego. Uno de los guardas se aprestó a salir de la casa, pero nosotros se lo impedimos, diciéndole: «No hay que asustarse... Algún cazador furtivo, sin duda.» No podíamos suponer que ese tiro era el que mataba al señor Vizconde.

A partir de este momento las declaraciones de Paulina carecían de interés. Martigny dió por terminada su investigación, y al despedirse de la criada, le recomendó que en la audiencia, cuando fué requerida a ello, no dijese más que la verdad, la pura verdad de lo que ella sabía, tal y como se la había contado a él.

Al salir de la casa de campo de Luisa, Martigny, guiado por su afán de descubrir el misterio que envolvía el asunto, visitó los lugares frecuentados por el muerto.

En la posada donde tanto dinero había gastado el Vizconde, se le presentó de perlas la ocasión de hablar del crimen, por cuanto el dueño tenía sobre el mostrador un periódico que daba detalles del proceso.

—A propósito... ¿ese Coudrais, no era cliente de usted?

—Sí, señor. ¡El mejorcito!

—¡Pobre chico! Me había prometido traerme aquí... Parece ser que tiene usted cierto vinillo digno de un Emperador...

—En efecto; el señor Vizconde lo apreciaba mucho... quizá demasiado... Rara era la vez que no salía de aquí ebrio... En los últimos tiempos se había puesto imposible... Un día sí y otro también, nos buscaba disgustos. Se peleaba con los hombres, por cualquier futesa... Un loco, vaya... También tuvo algunas historias con los cazadores furtivos... A uno de éstos, a quien sorprendió aquí con varias piezas en el zurrón, lo maltrató y le dijo ame-

nazador—: «¡Anda con cuidado, porque si vuelvo a saber que cazas en mis propiedades, te hago matar a palos!»...

—¿Y qué hizo ese cazador?

—Mascullóse unas palabrotas y marchóse... Tenía malas bromas el señor Vizconde, y la mano dura...

—¿Cuándo le vió usted por última vez?

—Algunos días antes del drama... Una nueva mujer, atrayente por cierto, entró en su vida... Buscaba, como todas, su dinero... Ella más que las otras, porque no obraba por su cuenta, sino por la de su «amigo», que no la dejaba a sol ni a sombra... Yo hubiese podido avisar al señor Vizconde, pero como desde aquella noche no le volví a ver más...

—¿Qué extraña muerte! ¡Pobre amigo mío! En fin, no le molesto más, y gracias por su vinillo. Es recomendable, créame.

—Adiós, señor; y ya lo sabe: aquí estamos para servirle a usted.

—Se agradece.

* * *

Las pesquisas de Martigny sólo habían servido para hacer cada vez más impenetrable el misterio. El abogado estaba verdaderamente preocupado.

Aquella tarde recibió una visita inesperada: la del padre de Luisa.

—A pesar de mis súplicas, Luisa sigue obstinada en no hablar con usted. Me ha encargado que le entregue esto...—le dijo el anciano, tendiéndole un sobre.

Martigny lo abrió y leyó el escrito, que decía:

Sr. Martigny:

No siga atormentándome, se lo suplico; no diré ni una palabra más de lo que he dicho.

LUISA DE COUDRAIS.

Aquella terquedad de Luisa era desesperante para Martigny. ¿Por qué se resistía a confesarle el motivo de la última disputa con su marido, poco antes de salir éste de su casa, aquella noche de crimen?

El señor Lemercier rogaba al abogado que disculpase a Luisa, por lo mucho que sufría la pobre, y que prescindiese de sus declaraciones para preparar su defensa.

En tal momento fué anunciado el conde de Coudrais, el suegro de Luisa.

Introducido en el despacho, el Conde negó el saludo al padre de Luisa, y estrechó nerviosamente la mano de Martigny y la de su padre, que estaba también en el gabinete.

—Señor Martigny, he sabido que se propone usted citar a Paulina Langlois como testigo.

—En efecto.

—No haga eso, se lo ruego... Sería... peligroso para todos.

—No comprendo...

—No hace falta que esa mujer diga ante todo el mundo qué clase de hombre era mi hijo.

El señor Lemercier, al oír esto, levantóse rápidamente, y objetó al Conde:

—¿Y entonces mi hija debe dejarse condenar para no manchar la memoria de su verdugo?

—¿Verdugo?... ¡Querrá usted decir víctima, señor Lemercier!—replicó indignado el suegro de Luisa.

—¿Y se atreve usted aún a decir tal cosa?

—¡Usted sabrá perfectamente que fué su hija quien lo mató!

—¡Miserable!

El anciano señor Lemercier iba a abalanzarse al Conde, para obligarle a darle una satisfacción, pero el abogado y su padre calmaron a los dos hombres, y rogaron al Conde que hablase, puesto que algo significaban sus palabras acusadoras.

El padre del muerto se dispuso a no ocultar nada al abogado, para ganarlo para su causa.

—Después de la tragedia, la Condesa y yo —comenzó,— que queríamos a nuestra nuera como a hija propia, nos fuimos a vivir con ella... Dos años pasaron sobre nuestro dolor, cuando un día se presentó un buen hombre en mi despacho, diciéndome: «Esta mañana estaba yo paseándome por el Clain cuando descubrí en la arena este revólver en el que está grabado el nombre de su pobre hijo.» Con la sorpresa y emoción que es de suponer, examiné el arma enmohecida, y leí en el cañón, junto a la boca, el nombre de mi desgraciado Javier... Era un premio de tiro ganado por él, y, por lo tanto, ninguna duda era posible... Yo tenía en mis manos el arma que había matado a mi hijo... El buen hombre, pescador de oficio, habló en el pueblo... y al día siguiente recibí nuevas visitas... Eran éstas otro hombre y un muchacho. Me dijo el primero, con la mano puesta encima del corazón: «Puedo asegurarle que fué la señora Vizcondesa la que hizo el disparo...» Y me contó que aquella noche, al disponerse a regresar a su casa, vió llegar precipitadamente a la orilla del río a mi nuera, y que, una vez allí, arrojó un objeto al agua, instantes después de sonar el disparo que mató a mi hijo. No cabía duda que ese objeto era el revólver encontrado; y que Luisa era la autora del disparo, pues su agitación al arrojar el revólver y al huir hacia la finca, era

bastante elocuente para delatarla. Para poder utilizar la declaración de aquel hombre cuando me conviniera, le hice firmar en un papel cuanto me había dicho, y aquí llevo ese documento abrumador para Luisa.

El señor Lemercier escuchaba como un autómatas. Quería rebelarse y no podía.

—Eso no es todo—prosiguió el conde.— El otro visitante, el muchacho, declaró: «La noche del crimen vi salir precipitadamente de su casa al señor Vizconde. Me oculté detrás de la escalera, protegido por las sombras, y le vi también volverse al final de la misma y decir con rabia: «¡Yo mataré a tu amante... yo lo mataré!» Luego, ese muchacho vió salir a Luisa en seguimiento de Javier. En su mano tenía un revólver, que debió encontrar en el cajón de la mesa-despacho de mi hijo. Iba a impedir que mi hijo matase a su amante.

El señor Lemercier protestó, como enloquecido por las crueles acusaciones contra su hija; pero el padre del abogado le contuvo, dándole alientos para escuchar hasta el final.

—El muchacho firmó asimismo sus manifestaciones, y aquí las llevo también, en mi cartera... Yo envié a esos dos testigos, pastores de oficio, a unas tierras que tengo en Provenza... y ellos se callarán siempre lo que han visto... En cuanto a Luisa, negaba al principio, pero, en un arranque de ira, me dijo, retándome por mis amenazas, pues yo la creía culpable después de haber oído a aquellos dos testigos: «¡Sí, es verdad, yo lo maté... yo lo maté! ¡Pero tenía el derecho de hacer lo que hice!»

El señor Lemercier no pudo aguantarse más, y preguntó, anonadado, al Conde:

—¿De modo que ella... ha confesado?

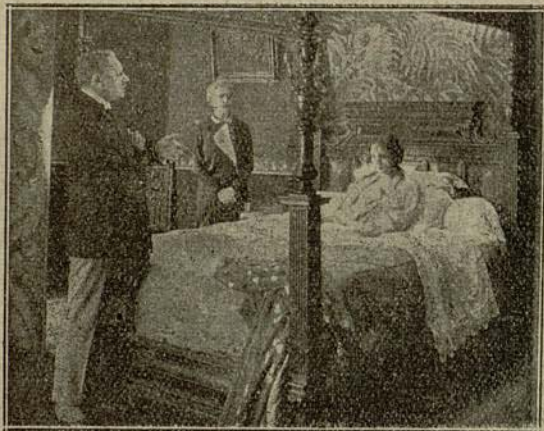
—Sí.

—Permítanme que me retire... ¡Esto es horrible, horrible!

Y el anciano padre salió del gabinete, temblando.

El Conde, ante el asombrado abogado y el padre de éste, prosiguió su declaración:

—Ella confesó, sí; pero ni ruegos ni amenazas



—¡No te denunciaremos para no ensuciar el nombre que llevas, que es el nuestro!

pudieron arrancarle los motivos de su crimen. Enfermó después de revelarme la verdad; y mi esposa y yo la visitamos en su lecho, una vez fuera de peligro y le dijimos: «¡No te denunciaremos para no ensuciar el nombre que llevas, que es el nuestro! Tú misma vas a jurarnos que, suceda lo que suceda, nunca te

declararás culpable, y que jamás revelarás los pecados de nuestro hijo.» Y Luisa contestó: «Les juro que me callaré.» Desde entonces Luisa vive con su padre, pues a nuestro lado no podía seguir... Entregué al juez el revólver encontrado por el pescador, que habló de su hallazgo a medio pueblo, para que aquél practicase investigaciones, y en nuestra declaración mi esposa y yo defendimos a Luisa energicamente. Por su parte, ella ha guardado silencio también... No la obligue usted, señor Martigny, a faltar a su juramento. En nombre de mi pobre esposa, le suplico que renuncie usted a interrogar a ciertos testigos...

—Me coloca usted en una situación muy embarazosa, señor Conde...

—Una vez más se lo pido, señor Martigny... Evite a una madre el dolor de oír afrentar en plena audiencia la memoria de su hijo.

—Estudiaré el caso, señor Conde... Y veré de complacer a ustedes...

—Gracias... gracias...

—Un momento, señor Conde... ¿Usted no ha conseguido adivinar nada de los móviles que impulsaron a su nuera a cometer el crimen?

El Conde dió un profundo suspiro de vencido, y contestó:

—Nada absolutamente.

Al quedar a solas con su padre, el abogado, debatiéndose en las tinieblas de aquel asunto, se preguntaba:

—¿Por qué... por qué lo mató?

Su padre, que había seguido aquel proceso con insólita atención, le dijo:

—Tengo curiosidad por saber lo que vas a hacer, Fernando... Tú, que nunca has querido hacerte cargo de una causa dudosa... Sabes que tu cliente es culpable... ¿Qué harás? ¿Serás

capaz de engañar a los jurados haciéndoles creer en su inocencia?

—No sé... no sé, padre... Sólo sé que debo defenderla.

* * *

En ocasión de la vista de la causa seguida contra Luisa, vióse la audiencia concurridísima de un público selecto ávido de emociones.

Paulina, aleccionada por Martigny, declaró muy favorablemente para Luisa, de acuerdo con la más estricta verdad, para preparar el ánimo del auditorio y del jurado.

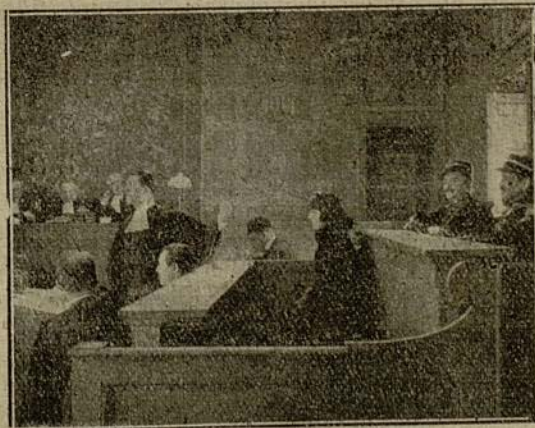
El fiscal acusó sin piedad a la acusada, terminando su elocuente y abrumador dictamen, así:

—... y si la acusada permanece encastillada en ese mutismo inexplicable, es porque no puede decir dónde estaba a la hora del crimen.

Y le tocó el turno al defensor, quien se aprestó a arrebatar los espíritus con su elocuencia.

—¡No, señores jurados! ¡La señora de Coudrais no mató a su marido!... La acusación no ha podido apoyarse sobre un solo hecho ni ha traído al juicio la prueba más insignificante... Sólo la envidia, la cobardía anónima, han podido hacer sentar en el banquillo de los acusados a una dama de tan excelsas virtudes... Señores jurados, en este proceso hay una víctima, en efecto, pero no la que os figuráis: ¡hela aquí: la acusada!... Lo diré todo, puesto que es necesario... ¿No sabéis qué horrible infierno fué la existencia conyugal de esa desgraciada?... Ese hombre indeseable se portaba en todos sus actos como un demente, por no decir como un malvado... Cualquiera mujer habría huído de

un hombre de esa índole, habría pedido el divorcio... Ella no... Ella creía que su deber era soportarlo todo, y se resignaba y se sacrificaba... mientras ese odioso aristócrata bebía en todas las aguas del placer que encontraba en su camino... Ya no cabe ninguna duda de que el vizconde de Coudrais fué asesinado por alguno de sus repugnantes compañeros de



—... Cualquiera mujer habría huído de un hombre de esa índole, habría pedido el divorcio.

crápula... ¡Señores jurados! Debéis a la mártir que aquí espera su sentencia... una reparación... ¿qué digo?... ¡una rehabilitación pública, tan pública como las ofensas que se le han inferido!

El orador estuvo inconmensurable. Sus pa-

labras fluyeron con una facilidad pasmosa en forma brillante, magnífica, llenas de alma.

La Condesa, no pudiendo contenerse, adelantóse al estrado, y gritó al abogado:

—¡Cobarde!

Un rumor de expectación corrió por la sala, y, prestamente, Martigny volvió a hacer uso de la palabra:

—Señores: Delante de todos, la madre del muerto me ha llamado cobarde. Yo comprendo su inmenso dolor y la perdono... pero si he tenido la crueldad de pregonar qué clase de hombre era su hijo, es porque he sido obligado a ello... puesto que la acusada prefería sacrificarse guardando un silencio que era su perdición. Vosotros, señores jurados, no permitiréis que una condena manche ese nombre, ese nombre que ella ha llevado como una cruz.

Y aquello favoreció aún más a la defensa. Luisa de Coudrais fué absuelta por la justicia de los hombres, consiguiendo Martigny el mayor triunfo de su vida.

* * *

—Mis felicitaciones, Fernando... si verdaderamente crees que las mereces...—le dijo su madre, en el hogar.

—Estoy extenuado, mamá... Necesito calma y soledad... ¿Quieres que vayamos tú y yo a pasar unos días en San Benito?—le contestó el gran abogado.

—Como tú quieras, hijo mío.

Luisa no podía dejar de visitar a su abogado y amigo para agradecerle su brillante defensa, y al presentarse a él, apenas la dulce madre

del triunfador lo hubo dejado a solas, se arrojó a sus pies, exclamando:

—¡Perdón!... ¡Perdón!

—¿Perdón?... ¿Por qué, Luisa?

—¡Usted sabía la verdad, y para salvarme habló usted contra su conciencia... mintió!

—Debía defenderla... Fué usted siempre tan infeliz...

—Gracias... gracias, Fernando... Y adiós...

—Espere... Tengo que devolverle algo... Este sobre que usted me entregó al empezar el proceso...

—Abralo usted... Lea lo que hay dentro...

—No, Luisa... Respeto su secreto...

—Ya está abierto... Tome... Lea usted este papel... Se lo ruego... No contiene más que unas cuantas palabras...

Temblorosamente, angustiosamente, Martigny apoderóse del papel, y leyó:

Sé que Martigny es tu amante y voy a matarlo.

—¡Oh, Luisa! ¿Cómo pudo llegar a suponer su marido tal monstruosidad?

—No sé... no sé... Era un loco. Aquella noche, estuvo más violento, más brutal; que de costumbre. «Hoy es sábado... Sin duda esperas a tu lindo Don Juan, ¿no es verdad? ¡Bien os escondéis los dos, bien! ¡Pero un día os encontraré, y entonces!... ¡Confiesa, maldita!... ¡Confiesa que le amas!»—me dijo brutalizándose. Yo estaba ya cansada de soportar su tiranía. Cegué. Y envolviéndolo en todo mi odio, le contesté resueltamente: «¡Pues bien, sí!... ¡Le amo... le amo!» Entonces él huyó, con la escopeta bien cargada; y como yo al acercarme a la ventana, para verle salir, vi encima de la mesa-despacho el papel que acaba usted de leer y en el que decía que iba a matarle a usted, a su llegada como todos los sábados, se apoderó de mí, al descubrir en un cajón de dicha mesa

un revólver, la idea de impedir a mi marido que llevase a cabo su infame proyecto. Mi intención no era causarle el menor daño, sino detenerle, amenazándole si se negaba a obedecerme. Pero él fué la causa de que yo le matase, pues al tratar de quitarme el revólver, sin saber yo cómo, se le disparó en el corazón.



—Ahora menos que nunca puede haber nada entre nosotros, Fernando..

Y aquel sábado usted no fué a San Benito, pero yo no podía preverlo...

—¿De modo que usted hizo eso para salvar mi vida... porque me amaba? ¡Diga usted que sí, Luisa, que me amaba usted sin yo saberlo! —dijo Fernando en una explosión de alegría.

Pero Luisa le apartó de sí, y oyóse este lamento:

—Ahora menos que nunca puede haber nada entre nosotros, Fernando... ¡Un muerto nos separa!

—Pero, Luisa...

—¡No, no! ¡No quiero una dicha nacida en la sangre! Adiós, Fernando...

Fuera llovía... Luisa se lanzó a las tinieblas, sin rumbo...

Pero Fernando no podía dejarla partir, no debía consentir que se le escapase la dicha cuando ¡al fin! le era dable alcanzarla.

—¡Luisa!... ¡Luisa!—gritó saliendo a su encuentro.

Y al encontrarla, la abrazó con frenesí, y con sus caricias desechó sus temores.

—¡Te amo, Luisa, te amo con toda mi alma!

Y ella cedió, porque su mutuo amor era puro, fuerte, digno de la suprema felicidad.

FIN

Próximo número :

La sentimental novela

GRIBICHE

(El niño que se sacrificó por su madre)

Adaptación cinematográfica de la novela
: del mismo título, de Frederic Boutet :

Interpretación del joven y gran actor JEAN FOREST

(El protagonista de Los dos Pilletes y La otra Madre)

Magnífico asunto

32 páginas

Numerosas fotografías **25 céntimos**

Postal-fotografía regalo: WILLIAM HAINES

A los grandes éxitos de *Los Grandes Films* de
La Novela Semanal Cinematográfica:

Cuando las mujeres aman

El Capitán Blood

ELLA...

Demasiadas mujeres

Nobleza baturra

acaba de añadirse el de

Cenizas de odio

por Norma Talmadge

En breve: EL DIFUNTO MATIAS PASCAL, por Ivan Mosjoukine y EL
RAJÁ DE DHARMAGAR, por Rodolfo Valentino.

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*